

# Diablotexto *Digital*



SARA MESA: *CICATRIZ*  
Barcelona: Anagrama, Col. Narrativas Hispánicas, 2015, 200 pp.

ÁNGELA MARTÍNEZ FERNÁNDEZ  
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

La construcción del sentido es un lugar de lucha  
[...] Las narrativas de la resistencia desafían y  
hasta subvierten las formas dominantes y se  
involucran en la dialéctica del control.

(MARSHA WITTEN)

La última novela de Sara Mesa, *Cicatriz* (2015), indaga en las posibilidades del mundo virtual y lo convierte en el centro de la narración para construir sentidos poco explorados en la narrativa española actual. La relación entre dos personajes (Sonia y Knut) será suficiente para abrir diferentes problemáticas que, a día de hoy, deberían ocupar un lugar central en la escritura.

Dos desconocidos, a setecientos kilómetros de distancia, hablan día a día por Internet, se envían regalos durante años y apenas cruzan fugazmente la barrera de lo físico. El tipo de *relación amorosa* que se plantea en la novela está, desde luego, situado fuera de los patrones sociales hegemónicos porque, si bien es cierto que cada vez son más las personas que establecen relaciones amorosas por Internet, el nivel de representación cultural de esta modalidad social resulta insuficiente. La novela explora un tipo de relación poco corriente en la narrativa que, sin embargo, ya tiene una presencia importante en la vida de muchas personas y en los medios de comunicación —no hay más que



remitirse a la emisión del ya folclórico y famoso programa *El diario de Patricia* para ver cómo durante varias emisiones acuden al plató de televisión una gran variedad de parejas que, como Sonia y Knut, llevaban años hablando por correo electrónico y jamás se habían visto. (La diferencia radica en que estas personas cumplieron la función de *atractivo televisivo* para una de las cadenas más comerciales de nuestro país —Antena 3— y aquí el escenario se presenta dentro de una novela con dos personajes ficticios).

La literatura, por tanto, que ha sido siempre uno de los escenarios predilectos para las historias de amor, se convierte ahora en un espacio para el intercambio de correos electrónicos, para la representación de otras formas de relacionarnos. En uno de los capítulos finales, el protagonista le cuenta a Sonia varias historias de amor entre personajes de novelas y afirma: “un escándalo, claro, para la sociedad a la que apuntan con el dedo” (141). Nada más revelador que esta cita para aludir a lo que está haciendo Sara Mesa con su novela: señalar con el dedo a una sociedad que, a pesar de que nuestro gusto por lo romántico y lo clásico nos lo impida asumir, ya establece buena parte de sus relaciones a través del espacio virtual.

Otro de los discursos que entra en circulación en la novela tiene que ver con los robos cometidos sistemáticamente por Knut para enviarle a Sonia todo tipo de artículos. Este asunto, igual que el de las relaciones amorosas, no puede dejar de perfilarse sin señalar las contradicciones que implica. El personaje de Knut roba de todo en los grandes almacenes y a las grandes marcas: libros, lencería, camisetas, zapatos, etc., él lo vive como una manera de cuestionar el orden burgués, sin embargo, está robando sus productos porque los venera, está adquiriéndolos de forma ‘diferente’ al resto, pero con el mismo deseo consumista de fondo, con la misma idolatría por el tacto de seda de un sujetador caro: “*Es un proceso legítimo de reapropiación de los bienes que nos han sido robados a nosotros previamente*, le dice. [...] *Siempre hubo cazadores y cazados, vigilantes y ladrones, control y descontrol*, sentencia Knut. Así es como funciona el mundo” (2015: 29-31) “Al fin y al cabo, ¿cuál es la diferencia? Todo lo que ella obtiene con el trabajo, lo obtiene él más fácilmente saltándose la escala de mando del sistema burgués” (56) “¿Acaso el trabajo y la familia no son los pilares del



sistema burgués?” (91) “Escapar del sistema burgués pasa en primer lugar por cambiar el paradigma de la propiedad. ¿A quién pertenecen los bienes? ¿Quién tiene derecho a poseerlos o incluso a exigir su posesión?” (92). Este personaje crea un discurso, *a priori* enfrentado con el orden burgués, que entra en contradicción con sus actos y que, en muchas ocasiones, puede llegar a incomodar a los lectores ya que no nos queda más remedio que preguntarnos constantemente: ¿está justificado lo que hace Knut? ¿Es un comunista o es un retrato paródico de un hombre que no quiere trabajar? ¿Si tanto odia a las grandes marcas y su régimen de explotación por qué adora sus productos? No es un trastorno bipolar, desde luego, lo que le ocurre a Knut es la radicalización de lo que hoy en día experimenta el sujeto moderno: una contradicción entre la ética y su forma de vida dentro de un sistema capitalista.

Dentro de la indagación de las problemáticas del sujeto moderno (además de los robos de Knut), la novela pone en escena una nueva disyuntiva: ¿individualidad o colectividad? *Cicatriz* muestra el discurso de una de las dos caras de la moneda, aquella en la que Internet puede ser un espacio para las individualidades férreas:

Siempre me río de los que afirman defender a las minorías, puesto que la primera minoría es el individuo. El grupo apareja inevitablemente un precio moral e intelectual que, una vez que se paga, jamás puede recuperarse. El mal es el grupo en sí. El sentido de pertenencia a un grupo siempre genera violencia. Hay algunos que piensan que, para evitarlo, la solución es que el grupo se amplíe lo más posible. Pero otros creemos que para ir a por la vida no hace falta ningún paraguas. Vamos mucho mejor solos (36-37).

Estas palabras de Knut como ‘lobo solitario’ se suman al debate emergente en torno a Internet: ¿es una herramienta para potenciar la individualidad o genera nuevas formas de colectividad? Hay ejemplos que corroboran ambas posiciones: desde personas con perfiles que navegan en solitario por la red hasta colectivos enteros de trabajadores que abren páginas web para la reivindicación de sus derechos laborales. El espacio virtual, así como el espacio narrativo, se ha convertido en un lugar en disputa. La herramienta que nació ligada a los principios neoliberales de la individualización, va siendo (re)conquistada por intereses colectivos —y lo mismo sucede con la novela: frente a la defensa del libro como un lugar para el individuo a solas, nacen prácticas que proponen la narración como un espacio de voces colectivas—. La



novela de Sara Mesa pone en escena con el personaje de Knut un tipo de discurso anclado en la idea clásica de la literatura (y de Internet) como un espacio de identidad individual: “El cine es una producción grupal, mientras que la literatura es, por defecto, el fruto espiritual del individuo sin más, enfrentado a solas consigo mismo” (106).

Ahora bien, llegados a este punto, la narración se sitúa en el origen mismo de la cicatriz: el cuestionamiento y la problemática que rodea al estatuto de la literatura. Seguramente, en la narrativa española actual encontraremos pocas novelas que dejen tanto en evidencia el carácter de *producto* como lo hace la obra de Sara Mesa. Una lectura retrospectiva del libro nos permite ver cómo los regalos de Knut se han ido convirtiendo, poco a poco, en una amalgama homogénea donde los sujetadores de marca comparten caja con los libros, los perfumes y las medias:

Primero fueron los libros, a los que se añadieron los discos; después comenzaron los perfumes; cuando eran demasiados mandó un sujetador, a lo que ha seguido todo tipo de lencería, pasando después a los zapatos, las cremas, la ropa de marca... Cuando todo parece desgastarse por la costumbre, llega una novedad. ¿Dónde está el fin? (129).

Así, la literatura aparece relegada al que —deberíamos asumirlo ya— es hoy en día su ámbito mayoritario: el de las mercancías.

No obstante, frente a esta realidad, la autora se cuestiona —y eso es lo que se traduce en las decisiones narrativas de *Cicatriz*— cómo crear una literatura no estandarizada que escape al estatuto de *producto*. Al plantear una novela que habla de deseos no normalizados y de realidades complejas, parece que la narración quisiera por lo menos cuestionar lo que Martín Nogales llamó ‘literatura kleenex’, es decir, literatura que se deja hacer, que *se deja convertir en producto* sin cuestionarlo:

Un producto perecedero, fugaz, consumible, caduco, con una fecha de caducidad marcada por la rentabilidad inmediata. Así se ha llegado al concepto radical de la literatura kleenex, que responde a un consumo rápido. Representa la lógica del capitalismo puro aplicada a la producción editorial (Nogales, 2001: 190).

*Cicatriz* es una forma de interrogarse sobre la cosificación a la que se ve sometida la literatura para poder alcanzar la rentabilidad del resto de productos a la venta.



En definitiva, la utilización del mundo virtual como centro de la narración permite a la autora explorar y representar modalidades sociales que a día de hoy emergen cada vez con más fuerza y que necesitan ir abriéndose paso en los universos de sentido de la narrativa española. Ya en 2014, un año antes de la publicación de *Cicatriz*, la escritora Elvira Navarro publicaba una novela titulada *La trabajadora* donde también se narra el hastío de una mujer que trabaja frente a un ordenador. Mientras que el personaje de la novela de Elvira Navarro sufre una crisis nerviosa y abre un universo narrativo en torno al desgaste mental de la protagonista, la salida que encuentra Sonia al aburrimiento de la pantalla termina dando lugar a una relación con Knut basada en el intercambio de todo tipo de productos: “La apatía se extiende como un cáncer, piensa. Como una enredadera, agarrándose firme en cada curva. Cada día mete menos fichas en la base de datos.” (2015: 14). El ordenador, por tanto, se presenta en ambas novelas como un nuevo universo de sentido, como un nuevo generador de tramas (psicológicas, de acción, etc.) que representa problemáticas sociales actuales y visibiliza nuevas formas de amor y de malestar.